



SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, FRANCISCO, *Declaración y uso del relox español*. Cáceres, I.C. El Brocense, 2006

Entre las actividades organizadas por la Institución Cultural el Brocense para conmemorar el XXV aniversario de su fecunda existencia, se ha programado la publicación de dos obras pertenecientes al gran humanista que le da nombre: Francisco Sánchez de las Brozas, más conocido como El Brocense, catedrático que fue en la Universidad salmantina durante toda la segunda mitad del siglo XVI. Ambos títulos se encartan en una carpetilla, cuyas cubierta y contracubierta recogen cada uno de ellos.

César Chaparro, catedrático de Latín y antiguo rector de la Universidad de Extremadura, es el responsable de estas publicaciones, que pasamos a reseñar en su parte primera: *Declaración y uso del relox español entretexido en las armas de la muy antigua y esclarecida casa de Rojas, con el mesmo Relox agora nuevamente compuesto por Hugo Helt Frisio y romançado por Francisco Sánchez natural de Las Broças, con algunas addiciones del mesmo*.

La edición “princeps” fue hecha por Juan de Junta en Salamanca el año 1549. César ha preparado un facsímil de la misma, añadiendo también, para más fácil lec-

tura, la transcripción texto. Suyos son así mismo la traducción del epigrama latino que adjuntase El Brocense, así como el prólogo, el estudio preliminar y las notas a pie de página, voluntariamente escasas. Como criterio editorial, ha preferido mantenerse fiel a los originales, en los que abundan las variaciones gráficas y lingüísticas con las normas de hoy (baste leer el título), corrigiendo sólo las erratas seguras.

Veinticinco años contaba El Brocense cuando tradujo al español la obra escrita en latín por Hugo Helt, añadiéndole algunos apuntes propios, difíciles de precisar, pues no se cuenta con el texto del autor. Nacido en Groningen (1525) formado en Lovaina y residente durante largo tiempo en España, fue amigo y servidor de Rojas Sarmiento, II Marqués de Poza, con quien colaboraría en la escritura de un Planisferio donde se enseña cómo construir un astrolabio.

Para que figurase en el escudo de armas de su Mecenaz, el friso trazaría un reloj de sol, con un calendario astronómico, capaz de decir las horas, tanto de día como de noche, en nuestro país y sus ricas posesiones europeas, “en todas las naciones del Señorío de España”. Lamentablemente, se ha perdido la lámina adjunta en la que se grababa imagen de tan ingenioso instrumento, cuyas cualidades se desarrollan en el libro. Analizándolas, César concluye que se trataba de un astrolabio simplificado, más que de un simple reloj solar.

El Brocense añadió un Epigrama de nueve dísticos elegíacos e hizo insertar un soneto del famoso andaluz Juan de Mal Lara.

A César Chaparro, vicepresidente de la UBEX (Unión de Bibliófilos Extremeños) hay que agradecer su constatada entrega a la recuperación de los grandes Humanistas nacidos en esa Comunidad.

M.P.L.

SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, FRANCISCO, *La esfera del mundo*. Cáceres, I.C. El Brocense, 2006.

Junto con la obra *Declaración y uso del reloj español*, acaba de aparecer, en la misma carpeta, otro título de El Brocense, *La esfera del mundo*. Reproduce el prólogo y la introducción general puestos por César Chaparro, responsable de ambas ediciones. Las dos forman parte del corpus científico del humanista extremeño, que también escribió otro trabajo de cosmografía, un comentario al *De situ orbis* de Pomponio Mela. (Las tres han sido analizadas por José Cobos y Eustaquio Sánchez en un estudio incluido dentro del volumen *Humanismo Extremeño II*, publicado por la R. Academia de Extremadura).

La esfera del mundo se publicó por primera vez en Salamanca el año 1579, seguramente con fines didácticos, pues su autor regía entonces la Cátedra de Astrología en la Universidad del Tormes. Se hizo años después (1588) otra edición, corregida y aumentada, cuyo texto se reproduce ahora facsímil, adjuntándole la correspondiente transcripción (en realidad, no necesaria) y la muy oportuna traducción al castellano.

Para escribir este libro, El Brocense se serviría de obras anteriores, como *la Esfera de Sacrobosco* o los comentarios al mismo compuestos por Pedro de Ciruelo y Pedro de Espinosa. Era ésta práctica habitual en la época, según reconoce en el título nuestro autor.

Ahora bien, en la dedicatoria puesta por éste a Pedro Portocarrero (hijo de los marqueses de Villanueva del Fresno, rector de la Universidad de Salamanca, obispo e inquisidor general) se ocupa de esclarecer las peculiaridades de su trabajo, con la frescura típica en su estilo: “Mucho escribió sobre esta materia Sacrobosco, es decir, mucho papel empleó en el empeño, sin embargo mucho más contenido hay en estas pocas páginas. Él frecuente e intempestivamente se va por los ramas; nosotros, en lo que al arte se refiere, disponemos todo de forma clara y en buen latín”.

Entre las virtudes del Brocense no figura la humildad, pero tampoco pueden señalarse entre sus defectos la ignorancia ni la falta de método. Según acostumbra, se enorgullece de cuanto escribe (la Inquisición lo acusaría de ser un hombre temerario, muy atrevido y mordaz, como lo son todos los gramáticos y erasmistas), pero no le faltaban buenas razones para estar satisfecho de su labor docente e investigadora, aunque a veces se excediera en las críticas.

Sin duda, las virtudes del catedrático extremeño brillan más cuando se ocupa de cuestiones lingüísticas, filosóficas o didácticas que de asuntos astronómicos. En éstos, tal vez carece de los conocimientos, especialmente matemáticos, que la astrofísica exige e iban desarrollándose de forma extraordinaria por otros lugares de Europa, sin alcanzarse entre nosotros noticia suficiente sobre los mismos. Sin embargo, la obra, repleta de referencias clásicas y con ilustraciones que facilitasen el uso práctico de sus doctrinas, resulta interesante. Las abundantes notas a pie de página ayudan a un mejor entendimiento.

M.P.L.

BARCELONA, COSME DE, *Libro de joyas de N^a Sr^a de Guadalupe*. Guadalupe, Comunidad Franciscana, 2005

Fray Cosme de Barcelona, un excelente bordador catalán, fue recibido como lego en Guadalupe (s. XVIII). Dotado también de no escasas dotes pictóricas, se propuso un gustoso entretenimiento (así lo juzgó él) para los ratos libres: poner orden en el abundante patrimonio de muy distintas joyas que al Monasterio legaban sus numerosísimos y agradecidos devotos. La Comunidad Jerónima, que entonces dirigía el Santuario, apoyó la iniciativa del catalán y, después de múltiples avatares experimentados en aquella Casa a finales del XVIII, la obra llegó a su fin.

Conservada hasta ahora manuscrita en el archivo guadalupano, objeto de consulta para los estudiosos, ya Vicente Barrantes advirtió sobre la importancia de este códice polícromo, scandalizado el bibliófilo porque, tras las desamortizaciones, no pocas piezas del joyero mariano lucían en fiestas seculares ostentadas por más que sospechosos dueños.

Merced a la labor de fray Sebastián García y Antonio Ramiro, infatigables en el estudio de cuanto el Convento de las Villuercas guarda, el manuscrito del fraile barcelonés se imprime facsímil, ofreciéndonos así un elegante volumen de gran formato, que nos permite calibrar la extraordinaria riqueza allegada durante varios siglos en torno a la imagen de la Morenita. Y eso que, según los preliminares del estudio recuerdan varias veces, los Jerónimos se distinguen tanto por sus dotes administrativas, como por la generosidad para con los menesterosos que llegaban a los muros del Monasterio (y eran muchos cada día, peregrinos o de la misma Puebla).

Con el fin de facilitar la lectura, fray Sebastián y Antonio han acordado componer un folleto, que se publica adjunto, aunque exento, introducido por fray Guillermo Cerrato. El Guardián de del Monasterio no duda en sostener: “Estamos ante una auténtica joya bibliográfica, que contiene verdaderas e interesantes noticias históricas, grabados y dibujos de las joyas y alhajas que la Santísima Virgen de Guadalupe poseía antes de la exclaustración monástica de 1835. En este códice se guarda su memoria histórica y su estampación plástica”.

Efectivamente, el buen lego, Joan Mariano antes de su profesión, hizo dos cosas: dibujar, muy aceptablemente, con acuarela, cada una de tan magníficas piezas devotionales y describir no sin gracia, en un castellano pintoresco, la composición, origen, donantes e incluso valor crematístico de cada una. Cruces, medallas, cetros, relicarios, rostrillos, lazos, relicarios, collares, pendientes, pectorales, airones, veneras, insignias... , hechos con los más ricos metales y fastuosas perlas y piedras preciosas por habilidosos orfebres, fueron en su mayoría exvotos de gratitud ante los favores atribuidos a la Virgen. ¿Quién no oyó hablar de joyas como la iguana, “retrato de un escorpión u otra sabandija que mordió al famoso Hernan Cortés, causándole una enfermedad de la que estuvo a la muerte mientras estaba ocupado en la conquista de México (y que) en su aflicción ofreció a su paisana N.S. de Guadalupe,

que oyó sus súplicas ?". Podremos verla dibujada y leer su minuciosa descripción, junto a tantas otras, hasta 156.

M.P.L.

GARCÍA, FRAY SEBASTIÁN, *Los bordados de Guadalupe*. Guadalupe, Comunidad Franciscana, 2006

Que Guadalupe ha sido desde su fundación (s. XIV) uno de los máximos referentes de la Cristiandad, parece cosa indiscutible. Así se explica que hasta Santuario de las Villuercas llegasen peregrinos de toda clase y condición desde los más diferentes lugares de Europa. Otros muchos, imposibilitados de acudir o agradecidos por favores que atribuyen a la mediación de Santa María, hacen al Monasterio dádívas múltiples. Pese a los gastos que comportaban las actividades del Convento (religiosas, hospitalarias, educativas,, asistenciales..), cuyos responsables económicos exhiben notables dotes de organización, en siete siglos van acumulándose objetos preciosísimos, siempre subordinados al culto, según la sensibilidad de cada época.

Guadalupe, que también ha sido víctima de expolios y atropellos, guarda aún excelentes colecciones de códices miniados, incunables, pinturas, esculturas, joyas y objetos litúrgicos. Fray Sebastián García, su archivero-bibliotecario, es el autor de este magnífico volumen, donde estudia el origen histórico y las cualidades artísticas de los bordados que allí se conservan. Se trata de un conjunto excepcional de vestiduras sagradas y telas preciosas, cuyos ejemplares más distinguidos se reproducen en fotografía a color. Casi todos ellos se labrarían en los talleres de la propia Comunidad, por los frailes (legos muchos) o laicos contratados. Sirviéndose de abundante documentación, Sebastián la biografía de tantos artistas de la aguja, merecedores del máximo reconocimiento, para pasar después al análisis de cada pieza.

Como es lógico, se corresponden con los estilos asentados en la Historia del Arte, para cualquiera de sus manifestaciones: al gótico, mudéjar, renacimiento, barroco y neoclásico pertenecen la mayor parte de las obras, aunque también las hay de los siglos últimos, hasta nuestros mismos días. Los visitantes del actual Museo de bordados de Guadalupe, cuya ampliación se impone tras la esta obra, reconocerán algunas de las muestras sobresalientes. Casullas, albas, sobrepellices, dalmáticas, tuníce-las, estolas, manípulos, collarines, capas pluviales, hazalejas (paños de atril), frontales y sayas de altar, mangas de cruz, humerales, manteles, bolsas de corporales, píxi-des (cubrecopones), capillos, paños de baldaquino, bocamangas, medallones, estan-

dartes, mitras, cortinas, alfombras, tapices y, claro está, vestiduras de la Virgen (sesenta) constituyen un impresionante patrimonio.

Son muchos los que nos gustaría destacar, por sus asombrosas bellezas. Recordemos el Frontal de Enrique IV y la casulla de los Reyes Católicos (s. XV) con espectacular imaginería; el Terno del “Monta Tanto”, hecho con un vestido de Isabel la Católica y un capa del rey Fernando, con el célebre lema bordado; el “Terno Rico”, que labró Pedro López, seglar (s. XVI); el frontal de Felipe II; la hazaleja “Radix Jesse”, imagen de la Asunción; la capa de fray Cosme de Barcelona (s. XVIII), quien dirigiera la confección del Vestido rico de la Comunidad y otro deslumbrante manto.

El capítulo VIII y último aporta la relación de las fuentes documentales y bibliográficas principales. En resumen, otro título de la ya muy extensa obra de nuestro franciscano, imprescindible para los interesados en el conocimiento de Guadalupe, vale decir de Extremadura y aún de España toda.

M.P.L.

AA.VV., *Naranjo*. Madrid, Lunweg, 2005.

Con el respaldo técnico de la prestigiosa firma Lunweg, apoyada por la Asamblea y la Caja de Extremadura, se reedita el catálogo exhaustivo (casi) de la obra de Eduardo Naranjo (n. Monesterio, 1944). Se trata de un formidable volumen, de gran formato (32 x 29 cms.) donde, junto a los cuadros, magníficamente reproducidos, se incluyen importantes textos para mejor entender la estética del gran pintor.

Él mismo suscribe el que titula “Apuntes sobre papel inmaculado”, donde ensaya sobre dos puntos esenciales de su obra: la importancia de la luz (“fueron la luz y el misterio las causas del temprano despertar de mi tenaz vocación a representar, o a interpretar, la vida a través de lo que después supe que llamamos arte”) y los maestros cuyas influencias reconoce, bien que declare sin falsos pudores: “Poco o nada me mueven los estilos, tendencias, modas o etiquetas, patrimonios y logros de otros o de cada cual, de los que a veces disfruto”.

Creo que ha sido un acierto respetar el trabajo de Joaquín de la Puente porque, aunque no manejaba la mejor prosa, sus páginas descubren cómo fue madurando el artista: los años de formación en Sevilla, Madrid y París; su extensa etapa expresionista (1965-1970); los tanteos posteriores por los mundos del “feísmo” y la abstracción, hasta adscribirse, definitivamente, a lo que se ha llamado hiperrealismo, rea-

lismo mágico, poético u onírico, cuyos intrínquilis, según los maneja el pintor, va desvelando el gran crítico .

Se añaden ahora las “consideraciones sobre la obra de Eduardo Naranjo”, según subtitula Fernando Castro Flórez el estudio “La verdad en la pintura”. El ensayista extremeño, según su costumbre, derrocha erudición y se apoya constantemente en otros autores para confirmar lo que también él llega a decir. Por ejemplo, “la extraordinaria capacidad de Naranjo para el dibujo”; “Naranjo pinta primorosamente las pieles, los ropajes sin cuerpos, las apariciones fantasmales, la metamorfosis del suelo”; “las prodigiosas pinturas de E. N. “o que “en sus impresionantes y magistrales grabados se sedimenta lo inhóspito, la angustia, el naufragio, la metamorfosis onírica”.

Más rotundo es Félix Grande, que en su apunte sobre las serigrafías lorquianas de Eduardo declara paladino que no existe un diálogo tan claro y misterioso, tan creador y tan conmovedor, entre un artista plástico y Federico García Lorca. Los poemas en prosa de María Teresa Hernández vienen a confirmar la honda sintonía perceptible entre ambos creadores.

Ahora bien, lo sustancial del libro es su aporte iconográfico, que nos permite ir recorriendo la producción de Eduardo desde sus años infantiles hasta hoy. Tantos óleos y grabados como aquí se pueden disfrutar, demuestran sin duda que es “uno de los máximos representantes del arte pictórico español contemporáneo”, según proclama Federico Suárez en la presentación y me sumo a la solicitud del presidente de la Asamblea de Extremadura para que en el Patio Noble de nuestro máximo organismo autonómico se organice cuanto antes una gran exposición antológica de Naranjo. Tampoco estaría mal que el MEIAC se plantee una más relevante presencia del mismo en nuestro prestigioso Museo.

M.P.L.

PERA, CRISTÓBAL, *Pensar desde el cuerpo*. Madrid, Tricastela, 2006

Este “ensayo sobre la corporeidad humana”, según se intitula, es una nueva incursión de su autor, por áreas filosóficas. Según demandan quienes propugnan la renovación del antiguo saber nacido en Grecia, es para felicitarse que un renombrado científico plantee cuestiones más allá de los límites impuestos por la experiencia. Así lo hizo en *El cuerpo herido* (2003) Cristóbal Pera Jiménez (Villagarcía de la Torre, Badajoz, 1927), catedrático de Cirugía y profesor emérito de la Universidad de Barcelona. Miembro de honor del Royal College of Surgeons of England y de la

Association of Surgeons of Great Britain and Ireland; ha sido decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, presidente de la Societat Catalana de Cirurgia y presidente del Comité Consultivo para la Formación de los Médicos de la Unión Europea. Y con similares planteamientos publica ahora este nuevo ensayo.

En cubierta, se reproduce un cuadro de Lucian Freud, *Nake Man, Back View*, que se guarda en el The Metropolitan Museum of Art de Nueva York. La rotundidad del desnudo, que bien evoca uno de esos “cuerpos freak” tratados por el autor, nos pone ya en la pista de las reflexiones aquí desarrolladas. Antes las fue dando a luz el Dr. Pera Jiménez, como artículos, en la revista Jano, entregas que ahora se recapitulan con las convenientes matizaciones. Pone prólogo Carme Riera, que proclama (y no cabe sino aceptarlo): “Cristóbal Pera pertenece a la mejor tradición de los médicos humanistas como evidencia su vastísima cultura y prueba este ensayo, en el que combinan los conocimientos científicos con los filosófico-literarios”. La cantidad de citas, referencias y apoyaturas intertextuales que enriquecen el discurso, especialmente las del mundo anglosajón, no dejan de sorprender.

Sobre el cuerpo humano, hay una doble y antitética tradición filosófica, desde orígenes. Por una parte, Platón y los suyos, partidarios del dicotomismo cósmico, vienen a decir que “el hombre es su alma” (Alcibíades) y el alma es una Idea, una entidad de orden divino, ocasionalmente encerrada en la cárcel del cuerpo, de donde debe intentar evadirse. Por otra, Epicuro y los suyos reducen el hombre a los átomos materiales que constituyen su cuerpo. La cultura europea, reforzada por el Cristianismo, fue esencialmente platónica, hasta la Modernidad. Y ni siquiera entonces quedó el asunto bien planteado, con las tesis de Descartes y su obstinación en establecer una división radical, dentro de la persona, entre la “res cogitans” (alma) y la “res extensa” (cuerpo).

Sin embargo, constata una y otra vez Pera, en los tiempos actuales no se habla de la primera, en tanto el segundo es un icono ominpresente. Justo al análisis ponderativo de la “geografía corporal” se dedican estas lúcidas páginas, que no eluden ninguna de las más álgidas y actuales cuestiones: desde el “arte carnal” de Orlan, a las modificaciones más vulgares (cirugía estética, piercing, cambios de sexo, transplantes..), que el autor no parece dispuesto a considerar al margen de la ética. Especial interés tienen para mí sus consideraciones sobre los “memes” (o “unidad de imitación”), categoría acuñada por R. Dawkins y que tan fecunda se muestra para entender los comportamientos individuales y colectivos contemporáneos.

M.P.L.

ÁLVAREZ BUIZA, JAIME, *Presagio del silencio*. Badajoz, Universitas, 2006

Jaime llama a Universitas su “casa poética”. Y con razón, pues en esta firma pacense han visto la luz casi todos sus libros. La animosa editorial, rara avis entre las empresas privadas del ramo capaces de sobrevivir durante decenios por estas latitudes, acaba de incluir en su colección “Autores extremeños” el último libro de tan singular escritor.

Álvarez Buiza se haría famoso en la Extremadura del tardofranquismo y primeros años de la democracia recitando por las plazas sus poemas militantes, que pedían el pan y la palabra para el pueblo. Pronto se convirtió también en el escritor enamorado, cuyos versos tantas parejas de amantes se sabían de memoria. Paulatinamente, su voz iría haciéndose más íntima, desnuda y recatada, cada vez más sensibles a temas como la fugacidad de las horas, las soledades del corazón, el absurdo de la vida humana, las equivocidades del verbo o la angustia de los desenlaces definitivos.

Algo común se percibe, sin embargo, en esta ya larga trayectoria: una actitud irreductible de independencia, que le induce a defender contra vientos y lluvias sus propios ideales. José María Fernández Gutiérrez (otro tozudo paladín de causas perdidas), catedrático en la Universidad de Tarragona, lo resaltaba en el prólogo que puso a *Poesías Completa 1973-2003* de Jaime, recordando lo que podría ser el lema vital de éste: “Quiero vivir de pie, tan solo eso”.

Con tan rotunda proclama se abre el texto incluido en la cuarta de cubierta de *Presagio del silencio*. Según nos dice el título, la obra incide recurrentemente en “las taciturnidades del labio”, como al callar llamase el amigo de fray Gerundio. Ahora bien, hay muchas formas de silencio y no todas interesan al escritor. El suyo no parece provenir sino de la misma causa que refería E. Canetti: “Cuando las preguntas se acumulan, no tardan en irritar al interrogado.. Porque el efecto de las preguntas consiste en aumentar el sentimiento de poder del que interroga,.. La libertad de las personas consiste sobre todo en su capacidad para protegerse de las preguntas. La tiranía más opresiva es la que permite hacer la pregunta más prosaica. Callar ante una pregunta es como el rebotar de un arma contra el escudo o la armadura. Enmudecer es una forma extrema de defensa..” (*Masa y Poder*, Barcelona Galaxia, 2002, pág.364-666).

Sin embargo, Jaime no podrá morderse la lengua (tampoco es lo suyo) ante las voces del amigo muerto (Jesús D. Valhondo), los padres difuntos, los hijos y la mujer amada, las noches y los árboles sugerentes o los sutiles dolores de abril. Y los cantará con su versos libres de arte menor, agrupados en poemas cortos, pulidos al máximo, repletos siempre de calidez y sinceridad.

M.P.L.

GARCÍA GUTIÉRREZ, JUAN, *Zafra y los demás pueblos del Ducado de Feria*. Zafra. Centro de Estudios del Estado de Feria, 2006

Juan García (Aceuchal, 1933), catedrático de Latín, publicaba hace treinta años la traducción de la obra *Zafra y los demás pueblos del Ducado de Feria*. Ofrecía así acceso al “centón” que en el siglo XVI compuso en latín Enrique Cock, un holandés al servicio de Felipe II. El inolvidable Antonio Holgado felicitaba a su colega por lo bien que había transcrito y traducido el texto, aunque discrepase de que Juan hubiese optado en su versión castellana por el ritmo del hexámetro clásico. Sí reconocía que mejoraba transcripciones anteriores, sin duda deficientes, incluida la del propio Antonio Rodríguez-Moñino.

Juan saca una nueva edición, bilingüe, de la *Asabrae descriptio*, corrigiendo y matizando la primera suya. Responde también a los puntos polémicos que sobre el particular sostuvo Fernando Serrano en *La segunda travesía del Agnus Dei* (Mérida, ERE, 1999), especialmente acerca de la cronología y el sentido de la obra de Cock.

Empleado de librería en Salamanca, miembro de la escolta personal de Felipe II y aspirante (sin fortuna) al mecenazgo del Duque de Feria, el autor debió escribir su obra entre los años 1580-1581. Para componerla, recurre a un género bien arraigado en la época renacentista, el “centón” (pañó remendado, según su etimología latina), aunque no sin homólogos hasta los tiempos actuales. Consiste en construir el texto utilizando materiales de plumas ajenas, preferentemente de los grandes clásicos, que se apropian con más o menos fortuna literaria. Por lo que al bátavo respecta, utiliza sobre todo a Virgilio, espigando versos de la *Eneida*, *Églogas*, *Geórgicas* (e incluso otras de dudosa atribución, que conforman la conocida como “Appendix Virgiliana”). No faltan fragmentos tomados de Ovidio e incluso de poemas medievales y renacentistas. Se publican aquí con apuntes que señalan el correspondiente origen, localizado por Juan García.

Culto y sensible a la causa de los más pobres, con gran sentido del humor, que no pocas veces roza la ironía, obligado por fuerza al panegírico, Cock compuso una suerte de épica geográfica (así la califica su traductor) sobre el enorme y rico territorio controlado por los Duques. Zafra, donde tenían sede principal, pero también otros pueblos del entorno (Feria, La Morera, La Parra, Salvatierra, Salvaleón, Santa Marta, Nogales, Almendral, Villalba, etc.), aparecen hermosamente descritos por alguien que sin dudas los conocía bien, por haberlos visitado tal vez en compañía de los celosos administradores ducales. Nunca falta su toque personal al describir aquellos lugares, así como las gentes que los habitaban.

Quiero resaltar que esta edición aparece en memoria de D. José García Fernández. Rector durante muchos años del Seminario diocesano e hijo predilecto

de Zafra, fue hombre de reconocida bondad, con quien muchos nos sentimos en deuda de gratitud.

M.P.L.

MARTÍN TAMAYO, TOMÁS, *Cuentos en verde aceituna*. Badajoz, Carisma Libros, 2006

Bien conocido por sus artículos en la prensa regional, así como a través de las aceradas intervenciones que protagoniza en la Asamblea de Extremadura, puede ocurrir que la personalidad política del Tomás Martín Tamayo oculte o mediatice la recepción de su obra literaria. Conviene decir también que, desde muy joven, viene cultivando la palabra escrita en sus múltiples aspectos, como creador, crítico, editor, enseñante y animador sociocultural.

Recordemos que, entre otras publicaciones, tiene editados los libros *Cuentos de madrugada*, *Cuentos al alba* y *Cuentos de la maldita resignación*, por referirme sólo al género que más parece gustarle y donde tan justo encajan estos *Cuentos en verde aceituna*.

Justifica el título el carácter marcadamente erótico de casi todas las narraciones aquí incluidas. Según se le achacaba a Felipe Trigo (escritor tan reivindicado desde los tiempos de la dictadura por Tomás), éste elige la tinta verde para componer unos cuentos que nada tienen de “ingenuos”, por recurrir a otra tipología usual en el novelista de Villanueva.

En estos relatos cortos, de diferente factura en cuanto a concepción y desarrollo formales, se perciben también algunos rasgos comunes, que caracterizan su estilo. Los señalé igualmente en el prólogo que puse a *Cuentos de la maldita resignación*, antes citado: alternancia de pasajes líricos con otros desgarradores e incluso tremendistas; el gusto por el guiño, el escorzo y la sorpresa finales, con toques de humor (negro, a menudo) y las frecuentes rupturas del climax narrativo, labrado antes con eficacia y agilidad lingüísticas notables.

Si otras veces Tomás adopta la actitud del crítico que denuncia cuanto no le agrada (la prepotencia inmisericorde, los abusos de poder, las crueldades del supuesto “homo sapiens”, las debilidades y miserias humanas, en suma), aquí ha optado por la pura gratuidad literaria: estas páginas no pretenden sino divertir o, a lo sumo, ofrecer una rica panorámica de la conducta sexual de los humanos, capaces de transgredir cualquier límite con tal de satisfacerse.

Así, mientras el primer cuento del volumen, “Fuego en mis mejillas”, evoca la dulce iniciación de un adolescente en el amor a manos de su joven tía (otro tema

caro a Trigo), el segundo, “El secuestro”, es una terrible historia de violadores, travestismo y corrupción paterna. Si “El compromiso” - tal vez el más largo de todos- reconstruye los encuentros eróticos entre dos adultos, tan desinhibidos como alegres, “Paso de frontera” refería antes una escena horrible de asesinatos y necrofilia. Así podríamos ir recorriendo las conductas múltiples evocadas en cada relato. Con todo, probablemente donde más lucen las cualidades del escritor sea en “Saeta”, cuento que ya habíamos leído antes. No sin tino, Enrique Sánchez de León, en su interesante prólogo, lo tiene como “una mezcla trepidante de irreverencia y buena literatura”. Cabría decir otro tanto sobre “El indito de doña Asunción” o “A buena hora”. Seguramente, sobre casi todos los cuentos de este verde olivar.

M.P.L.

MORENO GONZÁLEZ, JOSÉ MARÍA (dir.), *Cuadernos de Çafra*, IV. Zafra, Centro de Estudios del Estado de Feria, 2006.

Seguramente, ninguno de los grandes señoríos fue tan importante para la historia de Extremadura como el Ducado de Feria, cuya sede principal sería el castillo de Zafra. En esta población vienen editándose los *Cuadernos de Çafra*, que va ya por su sexto volumen. En él se recogen las ponencias defendidas durante las IV Jornadas de Estudios sobre la Historia de Zafra y el Estado de Feria, así como un buen haz de trabajos, documentos y reseñas de libros relacionados con aquel entorno.

Allí fueron afincándose un notable conjunto de familias llegadas desde la comarca riojana de Cameros, que alcanzaron una gran importancia social y política como dinámicos comerciantes, emprendedores agropecuarios, prestamistas, etc. Hasta tal punto que, a finales del XVIII, los “cameranos” llegarían a dominar el concejo de Zafra, no sin producir la envidia de los viejos hidalgos terratenientes. Al estudio de estos “serranos” viene dedicándose Carmen Fernández-Daza, que dibuja aquí un excelente apunte, donde proclama el tesón de aquellas personas, “que, merced a su generalizada hidalguía, capacidad comercial y mayor cultura, consiguieron, tras el declive de la Mesta y el derrumbe de las actividades textiles con ellas relacionadas, abrirse camino en nuevas tierras conocidas”.

Igualmente valioso es el estudio de María del Mar Lozano Bartolozzi, quien comenta el viaje realizado por Cosme III de Médicis a través de España y Portugal (1668-1669). Lorenzo Magalotti y Filippo Corsini dieron cuenta escrita de esta excursión, durante la cual el príncipe italiano se detuvo en varias poblaciones extremeñas: Fuente de Cantos, Zafra, Fuente del Maestre, Solana, Lobón, Talavera la Real y Badajoz. Un acompañante

del séquito, el pintor Pier María Baldi, compuso en acuarela apuntes al natural de los lugares visitados. La catedrática de la UEX sopesa estas “miradas urbanas”, ilustradoras del triste estado que padecía nuestra región durante la época.

Cerca de Zafra se localiza un yacimiento prehistórico, perteneciente al Neolítico Final, en el polígono industrial de Los Caños. Enrique Cerrillo informa sobre los resultados de la excavación de urgencia que allí se hizo el 2000, relacionándolos con otras estaciones calcolíticas del casco urbano zafrense

Imposible resulta recoger todas las aportaciones de este enjundioso volumen, con más de trescientas páginas. No obstante, me importa destacar también los trabajos de Juan Carlos Rubio sobre el patrimonio artístico que se conserva en el convento de las Clarisas de Zafra; el muy extenso y documentado análisis que de la jurisdicción señorial suscribe Santiago Aragón deteniéndose en Extremadura (tema que, desde otra perspectiva, aborda también concienzudamente Joaquín Castillo), y las reflexiones de Fernando García de Cortázar en torno a la identidad española.

Quien esto suscribe colabora con un comentario de las Cuestiones Académicas, tratado filósofo que el zafrense Pedro de Valencia hizo imprimir en Amberes el año 1596, única obra publicada en vida por el gran discípulo de Arias Montano. Libro singular dentro del panorama literario español, constituye prueba irrefutable de que el Renacimiento también generó frutos valiosos en estas latitudes, aunque aquí se adornara con características singulares.

M.P.L.

CORREA, FELICIANO, *¿Qué es España? (¿Qué pasa en España?)*. Badajoz, Tecnigraf, 2006.

El 17 de noviembre de 2005, Feliciano pronunció una conferencia en la R. Sociedad Económica de Amigos del País, dentro del ciclo de tertulias organizado por tan prestigiosa entidad. Como tema de su intervención, el ensayista tuvo a bien elegir uno de indudable atractivo y patente actualidad: “¿Qué es España? (¿Qué pasa hoy en España?)”. Recordemos que por entonces se hallaba en pleno debate la elaboración del Estatuto de Cataluña. Aquellas meditaciones constituyen el texto ahora presentado como libro, si bien se añaden notas a pie de página para guía del lector y un buen conjunto de ilustraciones (fundamentalmente, fotografías de los políticos más notables durante los lustros últimos).

El autor explicita desde el primer momento su malestar frente a la situación de “un país que - ante la sorpresa de la ciudadanía - ha tomado el camino del revisio-

nismo, enmendando la página a la Transición Política que, desde la dictadura a la democracia, fletó su modo de hacer apoyado en el consenso y la concordia, que tan buenos frutos ha traído” (pp. 13-14). El modelo de Estado, así nacido, se halla en crisis y no precisamente a solicitud de sus ciudadanos, que no exigen una remodelación, sino de sus responsables políticos y ciertos grupos de presión.

Con bien cortada pluma, el académico nuclea este haz de reflexiones en torno a cuatro puntos: 1º) El problema de España en la tradición constitucional del siglo XIX. 2º) El viejo fenómeno del nacionalismo. 3º) La presente ruptura desde Madrid y el olvido de la Transición. 4º) La necesaria respuesta patriótica.

En aquella fatídica centuria, España hubo de sufrir 130 gobiernos, 9 constituciones, 3 destronamientos, 5 guerras civiles, decenas de regímenes provisionales y más de 2.000 revoluciones (?), enfatiza el autor, apoyándose en el historiador José Luis Comellas. Sin embargo, ni entonces, ni en el primer tercio del s. XX, II República incluida, se quebró la unidad española, que la propia Constitución de 1931 garantizase.

La ponen en solfa los nacionalismos, sobre todo el vasco y el catalán, de muy reciente origen, como fruto que son del espíritu romántico y de una interpretación falseada de la historia, con apoyos espurios de ciertas entidades, incluidas no pocas parroquias, juzga el conferenciante. “La fiebre del nacionalismo a ultranza se justifica siempre ejercitándose contra lo español”, concluye, tras aducir rotundos testimonios.

El punto tercero se introduce tras un minucioso recorrido por los avatares que configuraron la Transición, felizmente culminada merced a la tolerancia de tantas personas y pese a un terrorismo abrumador. Todo ello sin desatender los problemas socioeconómicos, hasta el punto de situar a la España de las Autonomías entre los países más ricos del mundo. Ese extraordinario patrimonio es el que, asombrosamente, está poniéndose en crisis desde Madrid, bajo la presidencia de Rodríguez Zapatero. Correa aduce sólidas razones en defensa de sus denuncias.

A tenor de las mismas son las propuestas que se hacen en el punto cuarto y último, encaminadas a combatir los desafueros nacionalistas.

Sin duda, la obra no responde tanto al primer interrogante del título (¿Qué es España?), sino al segundo (¿Qué pasa en España?). El diagnóstico no deja de resultar turbador.

M.P.L.

SANTIAGO SÁNCHEZ, JOSÉ, *Camino al andar*. Autoedición, Madrid, 2005.

Con un título de resonancias machadianas, aparece este volumen autobiográfico, que su autor ha tenido la valentía de publicar. Editarse las memorias propias cuando las

fuerzas decaen, convirtiéndose uno en “autor novel” con los ochenta años bien cumplidos, me merece un respeto sin fisuras. Más aún si concurren otras circunstancias, como se perciben en la obra que presentamos :estas páginas respiran todas el humanismo de un hombre sincero, radicalmente bondadoso, que no oculta sus ideales, aunque se esfuerza por entender a los demás, incluso cuando discrepa con ellos y rehúye los maniqueísmos sociológicos, consciente de las responsabilidades compartidas en las grandes tragedias. Únase a todo esto la calidad del estilo, una prosa límpida, cálida, y a la vez de admirable concisión, donde las oraciones simples imponen un ritmo rápido, recortado, de carácter impresionista, tan eficaz como bello.

José Santiago tuvo una infancia feliz, pero no cómoda. Nació ya huérfano, dentro una familia de trabajadores muy solidarios entre sí, criándose “en libertad y plena naturaleza”, junto a sus abuelos, por los alrededores de Granja de Torrehermosa. Esta población sufriría de modo especial los terribles avatares de la Guerra Civil. La parte sustancial del libro está dedicada a evocarlos, tal como el autor los viviese y analiza hoy, con ecuanimidad y un punto de ternura. Miembro, más bien forzado, de las Juventudes Socialista, y soldado, malgré lui, del ejército de la República, se ve inmerso en un conflicto donde no “se me había perdido nada”. Cumplió con sus obligaciones militares en una estación de transmisiones, sin tener que disparar las armas. La fortuna y la amistad, sin duda bien sostenidas en un comportamiento limpio, le ayudarían a reintegrarse a la vida civil sin mayores contratiempos tras la culminación de la guerra.

Iniciado en numerosos oficios (matarife, peluquero, relojero..), a la búsqueda obstinada de un existir lo más independiente posible, José se dedicará al mundo de las representaciones, especializándose en las de joyería. Esto lo permite recorrer España, haciendo amigos en todas las provincias, para terminar afincándose en Madrid, otro emigrante más en la diáspora que asoló nuestras poblaciones, cuyas causas pondera en lúcidos apuntes. Lector tozudo, irá labrándose un sólida cultura literaria, con preferencia por nuestros clásicos y los hombres del 98.

Entre los centenares de personas que Santiago trató y son aquí evocadas, figuran buena parte de los granjeños y no pocas figuras tan señaladas como el líder socialista Juan Simeón Vidarte; doña Araceli Spínola, aristócrata y mecenas de no pocos de los “sabáticos” pacenses (¡cuánto he oído hablar de ella a Juan José Poblador!) ; el ya mítico general Miajas; el futbolista Francisco Hinojosa o el poeta Luis Álvarez Lencero, a quien está dedicado uno de los capítulos finales.

M.P.L.

LOZANO Y PONCE DE LEÓN, Eduardo, *El analfabetismo en España*. Campanario, Fondo Cultural Valeria, 2006.

Merced a la constancia investigadora de José Cobos Bueno, profesor de la Universidad extremeña, se nos va acercando la eminente figura de un notable científico español, cuya biografía tiene actualmente en imprenta el estudioso antes citado. A cargo del mismo estuvo la reedición de una obra pionera del Dr. Lozano, *Las radiaciones de Röntgen* (Badajoz, Unión de Bibliófilos Extremeños, 2004) y suyo es el apunte preliminar con que aparece este facsímil, recién publicado por el Fondo Cultural Valeria.

Es otro servicio de esta asociación, que tanto labora a favor del patrimonio de su pueblo, Campanario. Allí vino al mundo (1844) quien habría de ser catedrático en las universidades de Barcelona y Madrid, así como autor fecundo, no sólo de obras científicas, sino también de artículos divulgativos y de diferentes ensayos en los que difundía ideales progresistas.

Entre estos últimos hay que incluir el que compusiese poco antes de fallecer, *El analfabetismo en España*, ahora reeditado, donde madura tesis ya expuestas en otro de juventud, *La Educación y la Internacional* (Madrid, 1872), si bien éste lo firmó con el seudónimo de Lorenzo Opando y Uceda.

Con el subtítulo de “Decálogo pedagógico” y dedicatoria “A los amigos de la Educación Infantil” (nombre de una sociedad creada al efecto, cuyos estatutos se incluyen como apéndice), la obrita fue publicada en Madrid el año 1913 por la Librería de los Sucesores de Hernando. Consta de diez capítulos, varios de los cuales parecen colaboraciones periódicas aquí añadidas, y viene a ser el testamento del autor en cuestiones pedagógicas. Más de una vez se muestra próximo a los ideales de la entonces tan floreciente Institución Libre de Enseñanza - para nosotros, la más acertada entre sus homólogas europeas -, si bien el Dr. Lozano se alejará de cualquier clase de elitismo, mácula que más de una vez se achacó a la ILE.

El científico extremeño figura entre aquellas personalidades que, condolidas ante los males del país, extremados a finales del XIX, se esforzaban por regenerar España. El libro incluye dura relación de nuestros defectos y carencias seculares. Ninguno tan radical como “La roña del analfabetismo”, origen último de todos, según Lozano. La prosperidad de las naciones depende principalmente de la educación que reciben sus habitantes, proclama. Un país como el español, la mitad larga de cuyos hijos no saben leer ni escribir, no puede igualarse con la Europa democrática.

Se impone, pues, luchar contra las causas que impide la alfabetización de los españoles, incluso los residentes en las aldeas más solitarias: ignorancia y egoísmo de los padres; escasez de los presupuestos públicos; desinterés de las clases poderosas;

actitudes caciquiles; falta de maestros preparados y bien retribuidos; insolidaridad de las personas cultivadas, etc., etc.

Lozano requiere la contribución común, ya que “la ignorancia, la rutina y el fanatismo de nuestro pueblo no desaparecerán fácilmente sin el esfuerzo aunado de todos los hombres cultos y de los gobernantes que merezcan el nombre de estadistas”. Pues sólo cuando los niños, los adultos y hasta los “anormales” de este país estén alfabetizados, podremos tener una España regenerada.

M.P.L.

DONCEL, DIEGO, *En ningún paraíso*. Madrid, Visro, 2005.

Con esta obra obtuvo el escritor extremeño ((Malpartida, Cáceres, 1964)), profesor, poeta, novelista y crítico literario, un accésit del XV Premio Jaime Gil Biedma, que convoca la Diputación de Segovia y en cuyo jurado figuran Antonio Colinas, Juan Van Hallen, Gonzalo Santonja, Cristina Peri Rossi, Juan Manuel de Prada y Víctor García de la Concha, entre otros.

En ningún paraíso se estructura en 12 largos poemas, con versos libres, de perceptible unidad, por lo que bien puede decirse que estamos ante solo uno, con idéntico enfoque formal y temático. Aunque su autor haya manifestado más de una vez que no acepta se le incluya entre los “poetas metafísicos”, su poesía (como también la única novela que hasta ahora dio al público, *El ángulo de los secretos femeninos*, (2003) inciden de forma recurrente en algunas de las cuestiones habituales en la tradición filosófica. Es verdad que Diego sigue de cerca los avances científicos (biología molecular, ingeniería genética, psiquiatría, física subatómica..) y a menudo se hallan huellas de los mismos en su discurso creador. Pero él no ignora que las grandes cuestiones donde se juega el destino humano y tanta inquietud le producen, trascienden los límites empíricos (son meta-físicas), por que más buena parte de la cultura postmoderna haya frivolidado con tales asuntos pretendiendo reducirlos a mercadotecnia.

En un mundo problemático, de consumismo sin freno ni dioses que den respuesta y sentido a interrogantes como qué es el individuo, qué es el yo, quién soy yo; cuando los “paraísos artificiales” no acaban de convencer, el poeta, urgido por lo absurdo y lo trágico de una civilización tan desarrollada como frustrante, tal vez encuentre refugio en el lenguaje, aunque no se le oculte la capacidad engañosa de las palabras. Nueva York, que ya sublevase a Lorca, símbolo de cuanto hoy se procura vender como lo más avanzado, lo más “in”, el culmen de lo “progre”, es el único lugar concreto nombrado en el libro. Tampoco resultará convincente. Quizás el

edén esté más por las alturas de Montánchez, contrapunto posible, que el colofón evoca cordialmente.

Un hombre es un Don Nadie, escribe Pirandello y evoca Doncel como entradilla de su poemario. Pero este poeta, que se sigue conmoviéndose con la lectura de Montaigne, el sabio renacentista descendiente de sefardíes, no está dispuesto a tragar con tantas banalidades como la “gente guapa” procura vender a los desprevenidos. Espectador irónico de sí mismo, según se define, se toma absolutamente en serio el papel de escribir y denuncia implacable las falsas promesas sin cerrar del todo la puertas a la utopía.

M.P.L.

MEJÍAS, FERNANDO, *Haciendo comarca*. Badajoz, REDEX, 2006

Editado por la Red Extremeña de Desarrollo Rural (REDEX) aparece este curioso volumen, que recoge las publicaciones de los Grupos de Acción Local de Extremadura a lo largo de los tres lustros últimos (1994-2005). Su autor, Fernando Mejías, que tuvo la ayuda de José María Jiménez, es seguramente la persona más indicada para llevar a cabo esta labor recopilatoria. Ingeniero Técnico Agrícola y licenciado en Ciencia Políticas y Sociología, ha sido agente comarcal, jefe de agencia y del servicio extremeño de Extensión Agraria. Durante 17 años fue Director General de Agricultura del gobierno autonómico y actualmente trabaja como responsable de la Sección de Formación y Estudios en la Consejería de Desarrollo Rural de la Junta de Extremadura.

A estas labores profesionales, desempeñadas con general reconocimiento, une Fernando una notable producción literaria. Fue coautor de dos obras extraordinarias, hitos auténticos de nuestra historiografía reciente, Extremadura saqueada. Recursos naturales y autonomía regional (París, Ruedo Ibérico, 1978) y El modelo extremeño (Madrid, Editora Popular, 1980). Colaboraciones suyas aparecen también en otros muchos libros, por ejemplo el recién editado Desarrollo rural de base territorial: Extremadura (España) (Junta de Extremadura y MAPA, 2006). Dirigió también, desde los orígenes hasta su cierre, la revista Albear, dedicada a los temas agrícolas.

Estos títulos le proporcionan la base para establecer un rico fondo de publicaciones - ciento cincuenta - y hacerlo de un modo convincente. En efecto, no sólo nos da los datos oportunos de todas, sino que también incluye una síntesis ponderativa de cada volumen o publicación periódica aquí reseñadas. Y lo hace, distribu-

yendo estos preciosos materiales en las oportunas áreas: patrimonio histórico-artístico, agricultura y medio ambiente, literatura y tradiciones, turismo rural, estudios socioeconómicos, estudios de comarcas y prensa. Dos índices ayudan a localizar las publicaciones según materia o Grupo de Acción responsable.

La lectura de la obra permite comprobar la solidez de la tesis sostenidas por el autor: “Los Grupos de Acción Local no sólo han constituido un elemento verdaderamente pionero en el análisis y puesta en acción de estrategias de desarrollo comarcal, sino que han establecido planes de acción específicos para crear o fortalecer la conciencia de pertenencia de la población a su comarca, con unos resultados más que aceptables, teniendo en cuenta la naturaleza de estos cambios y el tiempo transcurrido”.

Esta labor bibliográfica se complementa con el archivo, ha poco creado en la Sección de Formación y Estudio de Badajoz, donde irá guardándose cuanto publiquen los GAL (¡dichosa sigla!) en el futuro, tanto en soportes tradicionales como mediante las nuevas tecnologías.

M.P.L.

NEILA, MANUEL, *Huésped de la vida (Poesía 1980-2005)*. Gijón, Llibros del Peixe, 2005

Recoger en un volumen la poesía en la que más se reconoce el propio autor, sus versos preferidos, es acontecimiento muy agradable, cada vez más repetido entre nosotros. Junto a otras virtudes, permite a los lectores calibrar los pasos de una carrera siempre difícil, atrevida cuando de un auténtico creador se trata, y acceder así a materiales hasta ahora desperdigados y de casi imposible acceso. Más aún si, según ocurre en el caso que hoy nos ocupa, los libros ahora antologados estaban parcialmente inéditos o incluso jamás habían visto la luz pública.

Con el prestigioso sello Llibros del Peixe y la ayuda económica de la Junta de Extremadura, aparece *Huésped de la vida*, título bajo el que Manuel Neila nos regala su producción lírica desde 1980 al 2005. Nacido en Hervás (1950), licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Oviedo, viene dedicándose a la enseñanza, a la vez que mantiene fructíferas actividades como traductor, ensayista, editor, periodista y, naturalmente, poeta.

“Como todos los jóvenes, descubrí la poesía antes, mucho antes que en los versos, en las hojas de hierba, en los juegos de un niño o en la línea inalcanzable del horizonte. Después, frecuenté a Machado, a Borges, a Cernuda (...) y comprendí que podía concederse la palabra al mundo interior para despertar así en los lectores

los sentimientos, los pensamientos y las emociones que nos depara el mundo de la vida”, explica Neila en el prólogo, desentrañándonos las dos claves de su escritura: fidelidad a las vivencias radicales y pulcritud estilística a la hora de comunicarlas, bien que en los aspectos formales se percibe la lógica maduración.

Abre la obra *Pasos perdidos* (1980), tres de cuyos poemas aparecieron en el cuadernillo *Clamor de lo incesante*, publicado por José Luis García Martín en su inolvidable revista *Jugar con fuego*. Abierto con una entrada de Lope de Vega (“Dando voy pasos perdidos/ por tierra que toda es aire”), este primer trabajo testimonia ya la nostalgia del paraíso que se gozó en la infancia, el amor a los paisajes primigenios, junto con numerosos guiños culturales, desde Bousoño a S. John-Perse.

En las cortas muestras de *Estancias* (1986), con el título de la estrofa que se utiliza, se reviven los territorios añorados: viñas, huertas, cerezos y castaños, los pinares y el río donde la cigarra cumplía con su canto ante los asombros del niño.

Le sigue *El transeúnte* (1990), acogido al magisterio de J.R. Jiménez y R. M. Rilke, aunque otra vez los clásicos (Quevedo) sigan presentes. Se incrementa la creatividad lingüística de alguien que escribe nadanidando entre el nunca y siempre; la urdimbre inzo-zobrada de la vida; andulea un muchacho; gañafote de plata; zancajea en ciudades populosas o tartanea en andenes polvorientos, entre otras muchas invenciones expresivas.

Tras Una mirada (1996), largo y excelente poema rememorativo, los *Cantos de frontera* (2000) permiten saborear auténticos haikkús, como los compuestos para Issa. Una edición abreviada de este libro apareció en forma bilingüe y tirada corta en Toulouse (2003).

Concluye *El sol que sigue*, de reciente factura (2005), donde el autor opta por el poema en prosa y el aforismo, con indudables aciertos. Recreando unas veces apólogos judíos, fábulas griegas, pensamientos filosóficos orientales o metáforas comunes a diferentes literaturas; labrando otras sus muy personales hallazgos, tal vez a partir de emociones privilegiadas o de las más sencillas anécdotas Neila, construye textos bellísimos, lacónicos unos como el fulgor de la idea brillante, más explicitados otros, pero todos excelentes, repletos de sugerencias y depurados con la máxima solicitud.

M.P.L.

ACOSTA, BENITO, *Humano tiempo*. Badajoz, Ayuntamiento, 2006

Entre la larga veintena de nuevas publicaciones presentadas durante la XXV Feria del Libro en Badajoz, figura *Humano Tiempo*, poemario que edita el Ayuntamiento pacense. Confieso que soy incapaz de leer a su autor sin tener ante

los ojos la amable persona de Benito e incluso las de otros con los cuales él y yo nos sabemos religados, pese a las distancias impuestas por el más allá. Aludo a hombres como Antonio Barrantes, los hermanos González Ruiz o Juan Luengo, a quien se dedica en estas páginas el poema tal vez más hermoso.

Benito Acosta (n. Zalamea de la Serena, 1937), sacerdote extremeño afincado en Málaga, desde donde vuelve con frecuencia al terruño natal, no es sólo excelente poeta, sino también un teólogo y escriturista fecundo. Silencioso durante buena parte de su vida, dedicada, aparte las exigencias del ministerio, a lecturas múltiples, la música, la pintura y la elaboración de obras literarias que prefería mantener inéditas, el autor ha dado a luz en los quince años una larga veintena de títulos. Ritmo semejante sólo se explica, si se mantiene la calidad, por las labores de rumia realizadas durante decenios sin atreverse a visitar la imprenta.

Esta producción se divide en dos géneros, la poesía y el ensayo sobre cuestiones teológicas o escriturarias. Aunque formalmente distintos, se enraízan en la cosmovisión que Benito fue labrándose a lo largo de una vida siempre apasionada y dispuesta a favor de los más pobres.

En el epílogo que puso a su obra *Estado de Vigilia*, publicada por la R. Academia de Extremadura (2000), nos ofrecía la claves de su estética: “Escribir es para mí un tormento y una gran alegría. No disimulo el aspecto autobiográfico de mi poesía. Es fruto de mi asombro ante las cosas y de mi impotencia para denominarlas. Entonces tengo que crear mi propio lenguaje para intentar entenderme conmigo mismo y con los demás. No me preocupa nunca si estoy a la última o no. Digo lo que puedo y como puedo. Me estimulan las lecturas de ciertos poetas. ¿De qué autores especialmente? De San Juan de la Cruz, Quevedo, Neruda, León Felipe, Antonio Machado y César Vallejo... Ante las cosas me sitúo como un humilde contemplativo, que se contenta con mirar; pero es un mirar desde un hombre que no puede sustraerse al diálogo que a fin de cuentas se establece. Entonces, la actitud estética conforma una actitud ética y viceversa.. Por eso, no está ausente de mi poesía un cierto sentido polémico, iconoclasta y, sobre todo, irónico... Para mí es muy importante la música: el sonido en el tiempo. No soy capaz de leer poesía que no dé valor a la forma... Me encuentro a mis anchas en medio de los ritmos abiertos del verso libre... Los grandes bloques de mi comunicación son sensuales: el ver, el oír y el tocar, algo que vale también para la experiencia mística, presente en toda mi poesía... Lugares recurrentes de mi poesía: la infancia, la experiencia cósmica, la alegría de la esperanza, la experiencia de la ciudad y el hombre y Dios”.

Así lo percibimos en esta nueva obra, una reflexión lírica sobre el tiempo, abierta bajo el numen de Qohelet, el desconcertante y turbado Eclesiastés de la Biblia. El poeta lo aborda en la parte primera con versos endecasílabos, sin rima, de excelente

factura, contruidos merced a su indudable talento musical para distribuir ritmos, pausas, cesuras, encabalgamientos y el tempus general del discurso. En la parte segunda, que rompe la unidad temática y formal de la obra, impone la supremacía de los sonetos, estrofa cuyo dominio tiene bien demostrado el escritor, que nos sorprenderá con la trascripción en pentagramas de piezas musicales suyas e incluso sorprendentes juegos de poesía experimental, a base de ingeniosas alternativas gráficas. En resumen, un libro para el disfrute y la meditación.

M.P.L.

MONTERO, ANTONIO, *Juan de Ribera, Obispo de Badajoz*. Trujillo, R. A. de Extremadura, 2006

Tras notable demora, el 29 de abril pronunciaba su discurso de ingreso en la R. Academia de Extremadura D. Antonio Montero. Quien durante casi cinco lustros fuese el prelado de la diócesis pacense (arzobispo, después, ya jubilado, de Mérida-Badajoz), tuvo a bien elegir como tema la vida de un predecesor suyo, el muy ilustre - por origen, dignidades y conducta - S. Juan de Ribera.

Inspirándose fundamentalmente en las investigaciones de Ramón Robres Lluch y los estudios de Pedro Rubio Merino, Montero ha elaborado una interesante biografía, escrita con el rigor y la calidad habituales en su prosa. Hasta se ha permitido un recurso más típico de las obras literarias que de las históricas o discursivas y que, no obstante, aquí funciona sin ningún problema. Me refiero a romper el orden cronológico del relato y presentar la vida del personaje en cuestión casi como si de una novela se tratase.

Porque no poco de novelesco tuvo el discurrir existencial de este hombre, a quien el escritor califica como “santo del Renacimiento”, aunque no estuvo libre de contradicciones relevantes (sobre todo desde las perspectivas modernas). Algunas tal vez explican la lentitud de Roma para resolver el muy largo proceso de canonización del santo. No elude referirse a ellas el académico, si bien advierte sobre lo injusto de medir actitudes de otras épocas con calibres posteriores.

Hijo (ilegítimo) de una de las familias hispanas más poderosas, rodeado de riquezas y comodidades, inmerso desde muy joven en la estructura clerical, el futuro príncipe eclesiástico se va a distinguir por su amor al trabajo (consigue una sólida formación universitaria), vida austera, sentido de la justicia, honestidad, desprendimiento y afanes de reforma. Bien lo demuestra durante los años que pasa en Badajoz, periodo 1562-1568, fase a la que Montero dedica muy interesantes páginas.

Son las mismas virtudes que le adornarán como patriarca de Valencia, si bien aquí se sitúan dos de sus actuaciones más polémicas. De una parte, haber ejercido como Virrey y Capitán General de Felipe III entre octubre 1602/febrero 1604. Ribera, imposibilitado entonces de establecer en su persona una clara delimitación de poderes, “se propuso limpiar el Reino (de Valencia) de la plaga de bandolerismo, sin temblarle el pulso en aplicar el código penal de la época con el castigo de azote, la condena de galeras y la firma, llegado el caso, de la pena de muerte. Todo un riguroso plan de saneamiento de las costumbres públicas que hizo dar con sus huesos en la cárcel a nobles e hidalgos de renombre, con escarmiento de propios y extraños”.

El otro asunto discutible fueron los moriscos, especialmente numerosos en Levante, por cuya expulsión de España abogaría con tesón el prelado (contra el parecer de hombres como el extremeño Pedro de Valencia). D. Antonio explica las razones alegadas por los partidarios de imponer exilio a aquella poderosa minoría social.

El volumen incluye también, según costumbre, la contestación académica, a cargo del antes nombrado Pedro Rubio, lacónica y, no obstante, cargada de sugerentes apuntes.

M.P.L.

TORRECILLA, JESÚS, *La actualidad de la Generación del 98*. Mérida, ERE, 2006

Jesús Torrecilla, nacido en Villar del Pedroso (1954), vive desde 1986 en Los Ángeles, donde trabaja como profesor de Literatura Española de la UCLA. Aunque tiene publicadas diferentes novelas: *Tornados* (1998), *Guía de Los Ángeles* (2001) y *En la red* (2004), es más conocido como ensayista. Suyos son los trabajos *El tiempo y los márgenes. Europa como utopía y como amenaza en la literatura española* (1996), *La imitación colectiva: modernidad versus autenticidad en la literatura española* (1996), *Razón, tradición y modernidad: revisión de la Ilustración Hispánica* (1996) y *España exótica. La formación de la identidad española moderna* (2004). Fue así mismo el editor de la obra *La Generación del 98 frente al nuevo fin de siglo* (2000).

Puede decirse que en este su nuevo libro, *La actualidad de la Generación del 98*, primero de los suyos publicados en Extremadura, el ensayista extremeño vuelve sobre uno de sus temas preferidos: el significado y actualidad de aquel grupo de formidables escritores que pasó a la historia como Generación del 98, auténticos revulsivos de la España decimonónica finisecular.

Cuando nuestro país parece homologable con los más avanzados de Europa, por el desarrollo de su industria, renta per capita, índices de vida, recepción de emi-

grantes, etc. (aunque aún no figuremos entre los que definen las categorías de la modernidad), no resulta ocioso inquirir sobre los factores (¿esencialistas?, ¿históricos?, ¿coyunturales?) capaces de entender la España de los Machado, Unamuno, J.R. Jiménez o Valle-Inclán, en comparación con la de nuestros días.

Estos son los principales autores considerados en las sugerentes páginas del ensayo. Hombres de fuerte personalidad, convencidos de que el país se encontraba claramente retrasado, imaginarían distintas estrategias para salir de una marginalidad incontestable, sin por ello someterse a imperativos ajenos (de la moda francesa, sobre todo), ni perder la herencia de la cultura hispánica.

Según Torrecilla, ahí se produce la tensión que permite entender el énfasis de Unamuno en torno al “desorden sistemático” de la escritura; la defensa de la identidad española por parte de Antonio Machado y Juan Ramón, empeñados en reivindicar los metros líricos populares, o el empeño de Valle por reinterpretar las vanguardias a la luz de las tradiciones españolas.

El autor juzga equivocado (por no decir improductivo, e incluso humillante) el empeño de no pocos estudiosos actuales, que defienden un hondo paralelismo entre los aspectos socioculturales de la España del XIX con el resto de Europa. Porque el retraso era palpable, y así lo entendían sus ciudadanos más lúcidos, prendidos en debate de seguir los modelos dominantes en el Continente o lograr una literatura “auténtica”.

Así, “los escritores españoles del 98 se caracterizan de manera esencial por reflejar la marginalidad colectiva de su entorno y por las diversas estrategias que ensayan para superarla”, concluye el ensayista, antes de cerrar con interrogantes como “¿somos por fin plenamente modernos?”, o “¿qué implica hoy la modernidad?”. Las respuestas, tal vez en un volumen próximo.

M.P.L.

TEJADA VIZUETE, FRANCISCO Y OTROS, *Yo el Rey. Cartas Reales (1284-1594)*. Badajoz, Ayuntamiento, 2006.

Según costumbre ya consolidada, el Ayuntamiento pacense dispone cada año la edición facsímil de algún documento o libro antiguos relacionados con la ciudad para distribuirlos durante la velada de los premios que convoca (Poesía, Novela y Periodismo). Como otras veces, en esta nueva ocasión se reúnen los saberes de José Manuel Fernández, Guillermo Kurtz y Francisco Tejada con el fin de exhumar y

ofrecernos hasta veinte de las piezas manuscritas que se guardan en el Archivo de la Catedral.

El volumen reproduce los textos de otrastantas epístolas, que reyes españoles o portugueses dirigieron al Cabildo, Prelado, Alcalde u otros de la localidad, con ocasiones bien distintas. Los tres investigadores han hecho la oportuna transcripción de los pergaminos y Tejada Vizuete suscribe un estudio preliminar de imprescindible lectura. Canónigo, académico de la R. de Extremadura y autor de numerosos trabajos, sus labores para conservar, conocer y difundir los fondos del archivo catedralicio resultan impagables.

Fue él quien se decidió por estas cartas, las veinte iniciales recogidas en el primero de los dos tomos del género allí existentes (hay otras exentas). Se escribieron durante la época medieval que el título acota, hasta introducirse ya en el periodo renacentista. Constituyen, sin duda, documentos notables para los interesados por la historia de nuestra Comunidad, en cualquiera de sus aspectos (económico, social, religioso, político, lingüístico, etc.). Difieren mucho en extensión - desde las simples líneas a los largos discursos -, pero todas las elegidas encierran algún interés especial.

La primera, redactada en portugués, la suscribe (1417) el rey Fernando de Portugal. El monarca luso insta a poblaciones a sus poblaciones, como las de Olivenza, Campo Mayor, Ougelha y otras para que no dejen de pagar los diezmos correspondientes al Obispado de Badajoz (“badalouçe”, según su singular grafía).

También la 3ª, 4ª, 5 y 6ª proceden del trono vecino, caso suscritas por Don Dionis (1352-1354) en su idioma materno, que se dirige, entre otros, a Vasco Lourenço, alcalde de Elvas, abogando por los intereses de Martín Sancyis, “tesoureiro de Badalouçhy”.

La 7ª y 8ª recogen un problema crónico de Extremadura: la falta de tierras que sufren los campesinos, como quienes irrumpen (1316) en los latifundios amojonados del clérigo Martín Sánchez. Se queja éste a Alfonso XI porque entran en su heredad y se lo labran contra su voluntad.

Las firmadas por los Reyes Católicos los muestran en su derecho de presentación, que les permitía seleccionar a su gusto a los responsables religiosos, mientras las muchas pertenecientes a Felipe II permiten percibir los continuos problemas del poderoso monarca, en solicitud permanente de subsidios para pelear contra herejes, turcos y demás enemigos del Imperio, “a cuya causa está tan atenuada y consumida mi hazienda y patrimonio real”, confiesa sin rubor (1590).

Felicitaciones a cuantos han hecho posible esta hermosa entrega, cuyos diseño e impresión pertenecen a Tecnigraf.

M.P.L

ANTONIO MARÍA FLÓREZ, *Desplazados del Paraíso*. Mérida, Editora Regional, 2006

Marcada por la indagación y la exploración formal, la trayectoria poética de Antonio María Flórez (Don Benito, 1959), reúne poemarios aparecidos en España (*El bar de las cuatro rosas*, 1995; *Antes del regreso*, 1996) y en Colombia (*El círculo cuadrado*, 1987; *En cámara lenta*, 1989; *ZOO. Poemillas de amor antiecológicos*, 1994; *La ciudad*, 2001; *El arte de torear*, 2002). En estos últimos títulos, Antonio María había abordado el tema de la urbe moderna (en *La ciudad*, aparecido en Manizales) como espacio caótico y conflictivo, plagado de seres dispares y solitarios que buscan, entre el sentimiento de desarraigo y de vértigo, el amor y la libertad. *El arte de torear* (Manizales, 2002), en cambio, es un homenaje, entre otros propósitos logrados, a una de las señas de identidad compartidas por España y Colombia. El libro fue publicado por el Fondo Editorial de Manizales tras haber conseguido “Premio de literatura” del Instituto caldense de Cultura en la modalidad de poesía (Caldas es una de las ciudades colombianas más taurinas, su himno es un pasodoble). Muy bien acogido en la capital del Departamento (un impresionante nido de águilas situado a más de 2500 metros sobre el nivel del mar, junto al Nevado del Ruiz, en los Andes Centrales), el libro es una muestra más de la pujante labor creadora de este foco de irradiación cultural y literario, comparable sin menoscabo a la siempre centralista capital.

Estos poemarios no habían sido ajenos al más grave problema colombiano (la guerra incesante, la violencia ciega, la expulsión de los campesinos de sus tierras,): “Incrédulo recorro las calles / y pregunto por los desaparecidos: / hoy también murió / el basuriego de Olivares / el rata del diecinueve / y el bazuquero de la Galería; / sí, / y también el pescador del Cauca, / el vaquero del Caquetá / y el recolector del Quindío...” (*Antes del regreso*).

Como se sabe, el tradicional fenómeno migratorio desde las áreas rurales a las ciudades, común a toda Hispanoamérica, se ha visto intensificado en Colombia por la acción de grandes terratenientes, que expulsan a pequeños propietarios colindantes, y de paramilitares y guerrilla, que fuerzan a aldeas enteras, acusadas de colaboracionismo, a la huida. Más de un millón de desplazados anuales, como esa metafórica hilera de hormigas que contemplan los niños en un poema, se ven obligados al abandono de su entorno en avalanchas humanas de procedencia y destino impredecibles, como lo es el curso del enfrentamiento, que hace imposible programar de antemano medidas asistenciales y de acogida. La violencia y sus secuelas, con su extraordinaria magnitud y su prolongación en el tiempo, han pasado a formar parte de un “sistema

de vigencias” común a varias generaciones de escritores colombianos, un elemento aglutinador que no produce naturalmente respuestas uniformes, pero sí impone su insoslayable presencia. Tratado por el teatro, la novela, el ensayo..., el tema ha penetrado también en la poesía, interpelada, como los demás géneros, a un compromiso ético con este terrible estado de cosas (que un personaje de Octavio Escobar Giraldo asocia con “mucha resignación y desesperanza y una infinita orgía de sangre”).

En esta línea se sitúa *Desplazados del paraíso*, ganadora de la última edición del premio nacional de poesía “Ciudad de Bogotá 2003”, uno de los más prestigiosos de Colombia, y rescatada ahora con acierto por la Editora Regional. El poemario consta de cuarenta y cinco poemas, once de ellos en prosa, agrupados en cinco apartados que “relatan” el penoso itinerario seguido por una pareja de jóvenes desde su casa, asolada por la violencia (“Pero la lluvia aún no llega / para lavar las cenizas y la sangre coagulada / de lo que un día fuera el dintel de tu casa”), a la ciudad en busca de supervivencia. La numeración sucesiva de los poemas, mantenida de unos bloques a otros, confirma que nos encontramos ante un poemario narrativo que, tras describir el paraíso de la niñez (en una naturaleza edénica con todos los tonos imaginables del color verde), sigue la peripecia de los amantes por valles, selvas y ríos, asediados por una muerte que puede presentarse tras innumerables máscaras (“en los fragorosos cauces de los ríos, en sus súbitas caídas”, “en lo alto del cerrado monte”, en “los caminos vacíos, / la noche, los disparos, los gritos, / los muertos presentidos”). Pero la llegada a la ciudad no supone el acceso a este destino soñado tampoco traerá ni la dicha ni la paz. Y en efecto, los apartados siguientes describirán el descenso de la muchacha a los senderos sórdidos de la prostitución y la soledad del hombre como precio que han de pagar por sobrevivir: “Es una locura / caminar por estas calles, / así, / tan peligrosamente. / Pero a eso me obligas, / buscándote, mujer, / sin esperanza”.

Nos encontramos, por lo dicho, ante una obra orgánica y circular (su último verso, “desterrado del paraíso”, repite con variantes de interés las nociones con que se abre y que pasan a titular el libro), en que un impulso ético inspira la elección del universo lírico que el escritor contempla como propio, bien porque se considere partícipe de él y de su terrible destino, bien porque le mueva un empeño solidario hacia los perseguidos, de ahí la alternancia entre tercera y primera persona que otorga al escritor el papel de “narrador externo” en unos casos y de protagonista en otros.

La atención a los aspectos formales, y en especial a la estructura del libro, en que cada bloque contiene el motivo que desarrollará el siguiente (“Paraíso”, “La huida”, “La muerte”, “Tocando a las puertas”, “Perdido amor”), no diluye el protagonismo nítido de los temas, circunstancia que convierte a la obra en una muestra de poesía cívica, de intención documental y crítica, comunicada mediante un registro sobrio y transparente que tiende a acentuar más su lirismo en las composiciones en prosa.